

El trago de agua

Como de costumbre y a la hora del café, me encontraba sentado sobre una silla almohadillada, muy cómoda, muy confortable; intentando dar sentido a las frases que leía del cuaderno de notas y comenzar a teclear al pequeño portátil que se posaba sobre una mesa redonda y de grandes dimensiones para una sola persona sola, para mí solamente; sin poder fumar, con el café humeante y acompañado de un vaso vacío que rellenaba de agua de vez en cuando de una pequeña botella de cristal, azul claro y con un trocito de papel azul oscuro adosado, resto de la etiqueta que nunca pudo desprenderse y que la distinguía de las demás haciéndola única, especial y de mi propiedad.

Mis notas apenas eran claras. Fechas, lugares, nombres, palabras sueltas y párrafos largos, escritos a toda prisa como intentando captar el momento de aquella situación, sentimientos, emociones, instantáneas realizadas a golpe de bolígrafo para no olvidar qué ocurrió realmente... y la mente, donde se agolpa todo de una manera alocada y salen momentos confusos en el tiempo. Querer ordenar todo aquello cronológicamente e intentar dar un sentido a lo ocurrido era mi propósito en aquel momento, pero la música de fondo del "Mercado Moncloa" estaba demasiada alta para mi gusto y apenas me concentraba para tener las ideas completamente claras.

Me quité las gafas de vista cansada y las posé sobre el pequeño portátil, y con mis manos, froté mis ojos, también cansados, intentando alejar las noches de insomnio que me habían acompañado durante las últimas semanas; tan solo descansando tres o cuatro horas diarias y floreciendo sobre mi espalda un cansancio continuo y crónico. No conseguía despejarme. Un cigarrillo, pensé, y seguro que soy capaz de proseguir. Al volver a entrar, vi iluminada la parte posterior del pequeño portátil con la figura de la manzana mordisqueada en la parte superior, esperándome desafiante sobre la mesa del rincón. Y mi cuerpo se estremeció por unos segundos, no era posible, de música de fondo... la voz... Frank Sinatra... y necesité una cerveza, que al son de la música, posé sobre la mesa al lado del pequeño portátil... Ya todo era posible... Todo.

*** *** ***

Y toda historia tiene un punto de comienzo, un punto de partida, por el cual cambia la vida de las personas, da un vuelco para bien o para mal y en mi historia, el comienzo, fue al final de una relación. Consideré un fracaso amoroso la relación con la persona que ocupaba mi corazón en aquel instante, en aquel momento de mi existencia y el que me llevó a reflexionar en comenzar una nueva etapa en mi vida; fue un punto de partida en el cual plantearme como podría volver a ser feliz sin aquella mujer a mi lado. Nuria; morena, bajita y de ojos marrones impresionantes, mantenía a dos hombres enamorados, o por lo menos a mí si me tenía, referente a la otra persona, apenas podría valorar con total acierto los sentimientos hacia ella. Mi relación se mantenía viva desde hacía un año

y con el otro hombre alrededor de unos diez, y... ¿el amor que más valoraba en aquel momento de su vida?, tal vez se decantaba por la relación de más años, puesto que si había perdurado tanto tiempo sería por motivos más sólidos que la mía, que tan solo era una décima parte y apenas se estaba construyendo, con bases sólidas eso sí, pero al fin y al cabo aún en pañales. Lo que recibía uno, el otro también lo recibía; lo que a uno le daba, al otro también le daba y de lo que ella recibía de ambos era también semejante. ¿La diferencia entre uno y otro?, tal vez Nuria nunca supo aclarármela o tal vez ni ella misma era capaz de aclararse; pero de lo que si estaba seguro era que yo, sí conocía con todo detalle la relación que mantenía con los dos y era capaz de aceptarla y la otra persona, tal vez por el desconocimiento de una relación paralela y ajena, era capaz de aceptarla, y ¿de haberla conocido en su totalidad?, ¿la aceptaría como yo?, era la verdadera duda que me creaba, cual sería su reacción, si de aceptación o de rechazo; jugábamos en el mismo campo pero no con las mismas reglas. El contrincante contaba con veinticinco años, al igual que Nuria y yo les doblaba la edad y estaba en la quinta década recién cumplida. En resumen, Nuria, mantenía dos relaciones muy satisfactorias y siempre anteponía la más durable a la que mantenía conmigo, más corta, pero igual de plena para ella. Para mí era a tiempo parcial, ratos libres en los que la otra persona no estaba disponible, un segundo plato que a veces se puede rechazar y otras veces es más apetecible que el primero, pero que por regla general se apartaba del menú puesto que Nuria, degustaba siempre plato único, o bien el primero o bien el segundo. ¿Así serían todas las mujeres?, estaba confundido, pero una cosa mantenía clara, así era Nuria. Nunca la critiqué por su egoísmo de poder tener a los dos. Nunca la juzgué por su postura cómoda ante los dos. Simplemente la amaba, la quería, la adoraba, quería pasar el resto de mi vida junto a ella y quería ser su menú completo, incluido el café solo y con hielo...

Y aquella noche, cuando volvíamos de degustar una cena exquisita en uno de los mejores restaurantes de Madrid y pasar unas cuantas horas en un hotel no de menos categoría que el restaurante, disfrutando de nuestros cuerpos en un desenfreno descontrolado, fue cuando le hice la proposición mas indecente y atrevida que tal vez había recibido y recibiría en su vida. Al despedirnos en el coche y cuando la acerqué a su casa a las tantas horas de la madrugada, puesto que su otro tenía turno de noche, le lance la propuesta de que yo fuese la única persona en su vida a partir de ese mismo instante, para un futuro inmediato y tal vez para la eternidad. No la dejé que contestase por el nudo que se formó en su garganta; su botella de agua de cristal se encontraba sobre el posabotes del salpicadero y a modo de respuesta le propuse que si deseaba quedarse conmigo y aceptar mi propuesta bebiese agua de aquella botella y no harían falta más palabras, comprendería que ella lo deseaba y que aceptaba. Tan solo un trago de agua. Al cabo de unos segundos de silencio y miradas fijas que me parecieron horas, Nuria se bajo del coche y la botella quedó intacta y sin recibir ni un solo trago de su contenido. Supe, en aquel instante, que había sido rechazado, que no sería el ganador de

aquella historia, que no sería el protagonista de la película que monta en un corcel blanco a la bella dama y desaparecen sobre la línea del horizonte, y que debía retirarme del campo de juego puesto que mi tiempo había concluido. Antes de que se cerrase la puerta del vehículo con un suave portazo, nuestras miradas se volvieron a cruzar y aunque ella no pudo gesticular palabra alguna, mi garganta exhaló una última y triste despedida.

"Te esperaré... te esperaré... y te seguiré esperando, no cambies".

*** *** ***

Nuria fue el punto de partida o tal vez, el principio de un final. Tan joven, tan hermosa, tan deseada; no sé como pude proponerle aquella aventura con un hombre que le doblaba la edad, sería un futuro impredecible y tal vez no le podría ofrecer una vida tan aventurera y longeva como su joven pareja, tal vez la privaría de muchas vivencias, tal vez la privaría de su vida. Y tras el rechazó, decidí realizar un viaje ¿hacia qué lugar?... ¿qué destino?. Sin más vacilación al lugar donde comenzó otra historia hace mucho años, en este caso, hace treinta y contando que recientemente había cumplido los cincuenta, hablamos de esos veinte añitos recién cumplidos y como no, por colocarnos en un lugar que sea maravilloso, la tierra gallega y donde encontré mi primer amor inolvidable, ese que siempre guardas en tu interior y cuando por algún motivo aflora su recuerdo vuelven las mariposas en el estómago y lo recuerdas como algo tan maravilloso que se asemeja a un cuento de amor, a esa película con corcel blanco, de las que hoy nadie se atreve a recordar o contarnos porque este mundo ha dejado de ser sensible y comunicativo, y ridículo. A un golpe de yema de dedo iniciamos una conversación y a otro golpe de dedo nos despedidos, y ya está; no nos hemos dado la mano, ni un beso en cada mejilla al iniciarla, no nos hemos mirado a los ojos, no sabemos las emociones que hemos sentido cuando entramos en detalles y además, podemos estar en cualquier lugar, posición y estado de ánimo; y con este modelo de comunicación, hemos acabado de un plumazo de sentarnos alrededor de una mesa y tomar un café observando, sobre todo, los ojos de la persona con la que conversamos, importante a la hora de transmitir y recibir emociones.

En aquel viaje que realice a las tierras gallegas, hacía ahora treinta tantos años, me enamoré, y la relación que tuve con Beatriz fue impactante a primera vista, tanto que me dejaría una huella muy honda para toda la vida y por qué no, intentaría volver a rescatarlo y experimentar que sentimientos se había mantenido y si aún perduraban. Realicé los últimos preparativos y me eché a la carretera a comer kilómetros sin apenas descanso y prácticamente de un tirón, entrando en la ciudad de La Coruña con la idea de pernoctar esa misma noche y pasar unos días en completa soledad realizando los preparativos para el nuevo encuentro y sobre todo intentar sacar de mi cabeza a Nuria. La botella de cristal, azul claro y con aquel trocito de papel azul oscuro que nunca pude

despegar del envase y que pertenecía a Nuria, seguía sobre el salpicadero y por supuesto, que la guardaría de recuerdo, adoptándola para que ya fuese de mi total propiedad, mía para siempre; tal vez lo único físico, material, ya que mi cabeza, por mucho que luchase por extraerlo, almacenaría lo que nunca podría olvidar ella, y rellenándola cuantas veces hiciese falta para calmar mi sed y nunca encontrarla vacía. Busqué una habitación en un hotel, limpio, cómodo, en plena urbe y con vistas a la playa, al mar con la idea de poder vivir unos cuantos días saboreando aire cargado de humedad salada, pasear por su arena recién mojada y deleitarme con las puestas de sol enrojeciendo la línea del horizonte; me daría tiempo para la meditación y preparar, si fuese posible, un encuentro que cada vez deseaba más.

Salí a buscar un buen restaurante para cenar, de esos que tanto le gustaban y le seguirán gustando a Nuria, seguía en mi pensamiento, era muy exquisita a la hora de sus elecciones pero ahora ella tan solo estaba tan solo allí, en mis pensamientos e intenté borrar su imagen de mi mente, ella no estaba, ella ya no estaría y tal vez, no volviese a estar más en mi vida. Y en la primera plaza que encontré transitada de gente, intenté buscar información y cómo no, también allí existían, los grupos que encuentras en todas las ciudades, los que tanto desean que te apuntes a cualquier ONG, de cualquier color, de cualquier ideología, de cualquier precio, todas son baratas y todas de gran ayuda, todas necesarias. Una muchacha veinteañera, veintiún o veintidós años, buen porte, muy hermosa y con un fuerte acento gallego me abordó, y esta vez relacionado con “médicos sin fronteras” y fui incapaz de quitármela de encima, no se despegaba mientras soltaba toda la información referente a los pagos a realizar y los beneficios a obtener, lo que hacían aquí, lo que hacían allá, lo que construían, los que salvaban y los que no podían salvar; pero que en aquellos momentos no estás por la labor por realizar este tipo de ayudas, ahora no, hay momentos para reflexionar sobre estos temas, pero hoy no era el día, ni la hora, ni la situación; por tanto, eché mano del método infalible a utilizar que al final, o acaba huyendo de ti o tienes que realizar donaciones todos los meses.

"Tomaré dos cervezas en aquel bar de la plaza, una hora más o menos, y tú te lo piensas; sí cenas conmigo en el restaurante que te apetezca, ya tienes un miembro más en tú ONG y si no hay cena, pues a seguir buscando otro donante".

Por supuesto, que las proposiciones insinuantes, descaradas e impertinentes, suelen ser rechazadas y en este caso, aquella muchacha dejó de caminar a mi lado deteniéndose en seco y no se dignó ni a dirigir la mirada hacia el bar donde estuve esperando la hora que marqué como tiempo límite. Por supuesto que cené solo y la verdad, es que tampoco le di importancia a no tener nadie en frente para conversar, sonreír, acariciar y para ahogar las penas durante toda la noche; de camino al hotel, compraría un J.W. de 12 años y una bolsa de hielos e intentaría relajarme en la terraza de la habitación del hotel esperando que el cansancio me venciese. Al volver por la misma plaza donde inicié mi camino, tan solo un grupo de jóvenes la frecuentaba sentados sobre uno de los tantos bancos que adornaba aquel espacio ahora prácticamente vacío de transeúntes. Una de

las muchachas saltó de su asiento con una agilidad pasmosa e interrumpiéndome el paso comenzó a hablarme de algo relacionado con una ONG y pensé, *"estos no descansan ni por la noche"*. Me fije en la oscuridad, y vislumbré que era la misma chica que horas antes había intentado la misma técnica y le hice saber que seguía sin interesarme.

"Estuve esperando una hora en el bar de enfrente y me cansé de esperar".

La muchacha me reconoció al instante ante aquellas palabras y me imagino que por su cabeza cruzó la idea de que no tendría mucho éxito si no utilizaba otra estrategia.

"Bueno... pues ahora aceptaría esa cena y no hará falta que me esperes".

"Pues ya he cenado... se te pasó el turno... lo que te ofrezco en un bocadillo y a condición, te tomas una copa conmigo".

Noelia, que así se llamaba la muchacha, aceptó sin rechistar al ultimátum que le planteé; no había probado bocado y si no aceptaba, me imagino que se iría a la cama con el estómago vacío; a mí, me daba exactamente igual su decisión, ya tenía mi idea de abandonarme en la habitación del hotel, eso sí, un rato de tertulia, tampoco rompía mis planes nocturnos frente al mar y degustando mi penúltima copa. Su conversación fue muy amena para una chica a la cual le sacaba veinticinco años y contemplábamos vivencias generacionales muy distintas. Sus desacuerdos de ideas con su familia, su implicación por un mundo más solidario y más globalizado y su espíritu de aventura, la hicieron marcharse de casa a buscarse la vida sin tener ataduras e intentar ser lo más independiente posible. Su pelo rubio, sus ojos azules que se me hacían ya conocidos desde hacía muchos años, su figura marcada con pantalones vaqueros muy ajustados y su camiseta de los "Pink Floyd", me recordó esa parte de mi juventud cuando yo también quise descubrir el mundo y cambiarlo y me quedé tan solo en esa palabra, querer. Noelia terminó aquella noche en la habitación de mi hotel, tomando una copa y yo más de una, mirando el mar desde la terraza y compartiendo cama sin hacer diferencias de edad. Así era ella, cuando tenía necesidad de hambre, copas o sexo, lo saciaba sin más miramientos; ella elegía y era muy exquisita hasta decidirse, pero si era de su gusto no miraba edades, ni billeteras; eso sí, la ideología, la personalidad y el carácter para ella era un punto de partida muy importante que analizaba muy minuciosamente, no lo hacía con cualquiera, no elegía a cualquiera que se cruzase en su camino... era selectiva.

Estuve tres días más en La Coruña conociendo la ciudad, sus monumentos, sus rincones más antiguos, modernos, lugares de interés más solicitados por turistas y totalmente desconocidos para ellos. Noelia continuó con su propósito de hacer donantes a todos los ciudadanos de su ONG, pero hacía sus paradas y sus descansos y entonces la recogía en la plaza donde la conocí para tener nuestros pequeños y largos encuentros; desayunando con Noelia, comiendo con Noelia, cenando con Noelia y compartiendo cama y sexo con Noelia después de cada desayuno, después de cada comida, después de cada cena y después de las copas nocturnas en el hotel y hasta que el amanecer nos despertaba abrazados en la misma habitación, en el mismo lecho. Fueron tres días de un completo conocimiento de nuestros cuerpos y tal vez en toda mi vida tan intensos en

sexo como los que viví con aquella joven bella, con Noelia. La edad estaba claro que a ella no le importaba en absoluto, en este detalle me recordaba a Nuria, tal vez, la misma edad; incluso se atrevía desechar el contacto con los jóvenes que la cortejaban por estar junto a mi lecho. Según ella, yo le ofrecía una paz necesaria y tranquilizadora, que buscaba tras las agotadoras horas en la calle intentando realizar donaciones a su ONG. Pocas personas se alistaban a la lucha de las ayudas por el prójimo y la verdad, que cuando conseguía algún voluntario, se sentía orgullosa de este mundo y de los seres humanos. Yo la apoyaba porque creía que su descontento en la raza humana por salvar este mundo vendría con el tiempo y según fuese viviendo y acumulando años; yo lo daba por perdido, pero no sería yo quien le abriese los ojos, prefería que ella misma llegase a esa conclusión a través de sus vivencias y sus experiencias. Por el contrario, yo le daba la otra realidad que era capaz de vivir las personas con buena situación social, egoístas, derrochadores y despreocupados por los que estaban pasando calamidades todos los días por terminar con el estómago lleno y durmiendo bajo techo; buenos restaurantes, buena y abundante comida; habitaciones con sábanas limpias todos los días sin mover ni mancharse un dedo por trabajar en tener una casa limpia y acondicionada al gusto de cada uno. Noelia, era agradecida conmigo, y creo pensar que lo reflejaba en todo el tiempo que deseaba pasar a mi lado en cuanto tenía un minuto de descanso, sin olvidar todo el sexo que me proporcionaba sin poner malas caras y entregándose a todos mis deseos más ocultos, e incluso siendo una gran parte activa en todos los juegos que yo imaginaba y que a ella también se le pasaban por aquella cabeza con cabellera rubia como el propio color del oro. Pero la expresión de sus ojos me era muy familiar y este detalle que a veces era muy pronunciado, me traía de cabeza intentando recordar donde lo había visto antes.

Al cuarto día, tras el desayuno y nuestra sesión de cama matutina, no supe más de Noelia. Desapareció como el humo en un día de viento, rápido y silencioso. No eché en falta dinero, ni bienes; no dejó ninguna nota, ni realizó un gesto que pudiese darme alguna pista de su despedida. Se fue, sin más, y no supe a qué achacarlo y tampoco intenté buscar explicaciones sentimentales ni materiales sobre su marcha. Era un espíritu libre y no tenía que buscar el por qué de su marcha; igual que entró en mi vida, se marchó y el mundo debía de seguir girando, ya está... y yo con él encima.

Estuve unos cuantos días más por la ciudad de La Coruña, pensando, que al doblar cualquier esquina me tropezaría con Noelia, pero nunca ocurrió y aquellas noches las pasé sentado en la terraza del hotel bebiendo mientras anochecía sobre el mar de Coruña y pensando que en cualquier momento entraría por la puerta con su cuerpo totalmente desnudo y volviendo a desear hacer feliz a un señor de cincuenta años. Debía desterrarla de mi mente y dejar en mis recuerdos un cuento bonito que un día me ocurrió, fue realidad, pude vivirlo pero que ya estaba terminado, finalizado. Deseaba seguir con mi plan inicial de volver a encontrarme con el aquel amor de verano de hacía ya treinta años.

*** **

Realmente, a Beatriz, la conocí hacía treinta años, y me enamoré, y en el momento que mi economía de aquella época, me permitió volver a viajar, volví a buscarla; habían pasado ya cinco años cuando me presenté delante de ella. Tras verme, lloró, me besó, me abrazó, pero ya había dirigido su vida hacía otro amor y a un matrimonio que hasta le había proporcionado un hijo de dos años, y tuvo que guardar las formas en el comportamiento hacía sus sentimientos sobre mí, al menos, en público. No sé si era feliz y la verdad es que nunca se lo llegué a preguntar y tan solo, egoístamente, deseé estar con ella las dos semanas que pensaba estar por aquellas tierras. Su marido se encontraba de viaje y fueron quince días que volvimos a pasar juntos en escapadas clandestinas a ojos de los demás y en ésta ocasión, volvimos a confirmar nuestro amor y con los años ya pasados, el deseo carnal que los dos necesitamos y no nos atrevimos a culminar cinco años atrás por ser más jóvenes e inocentes. De los quince días tan solo nos pudimos ver once días completos; once días inolvidables para nuestras vidas; once días llenos de pasión, once días de amor, once días de emociones extremas; once días tan intensos, que tal vez, habrá personas que no sean capaces de vivirlos ni en toda una vida de cien años. Después, el olvido total. Escribí y no me respondió. Llame por teléfono y nunca recibí contestación. Día tras día, semana tras semana, mes tras mes y al final los años tras años se convirtieron en melancolía, añoranza, tristeza, y por último un adiós definitivo que nunca salió de nuestras bocas ni de nuestras manos, pero que quedó en nuestros sentidos y tal vez, se convirtió en olvido obligado del tiempo; ese tiempo que nos hace pasivos, insensibles y por fin olvidadizos, muertos.

*** **

Al quinto día de pernoctar en Coruña, volví a recoger todos mis enseres de viaje y abandonando el hotel, me dispuse a ir a buscar a Beatriz. Al preparar el vehículo me di cuenta que la botella de cristal, azul claro y con aquel trocito de papel azul oscuro que nunca pude despegar del envase, de la que había despreciado beber Nuria para confirmar nuestra continuidad, no estaba sobre el salpicadero y reconstruyendo instantes pasados, recordé que la solía utilizar Noelia para saciar su sed en sus largas horas por intentar conseguir un mundo más solidario. Significaba mucho, era mi único recuerdo de Nuria que quise mantener vivo de nuestro proyecto de futuro frustrado, pero ahora se encontraría en poder de Noelia y tal vez no sería mala idea, había pertenecido a una de las mujeres más importantes de mi vida y ahora, volvía a estar en manos de otra mujer que había significado otra parte relevante en mi caminar.

Comencé a recorrer kilómetros con suma tranquilidad, hacía veinticinco años que no pasaba por aquel pueblo, y siendo sincero, me encontré lo que había imaginado, no pude

reconocer nada de todos aquellos edificios y construcciones nuevas a las que me enfrentaba en cada calle que recorría, en cada metro que observaba. Tenía memorizado la zona donde podría encontrar la casa en la que más de una noche despedía, tras un beso intenso, a Beatriz; seguir la linde de la playa y encontrar aquella roca enorme dentro del mar en forma de boa constrictor que se ha tragado un elefante, o sea, forma de sombrero, como se relataba en la gran obra de El Principito, inconfundible, hasta un niño sería capaz de encontrarla, la única en cinco kilómetros de costa habilita para el baño. Por fin la encontré, me situé en la playa frente al mar y girando 180° todo mi cuerpo apareció la casa, tal como la recordaba, repintada y envejecida, pero aquellas formas inconfundibles, sus dos plantas con terraza en lo alto, sus escaleras de piedra para acceder desde la arena de la playa, la entrada seguida de su gran patio al aire libre; la tenía frente a mí. Pertenecía a otra familia y Beatriz ya no vivía allí. Insistí en conocer su paradero y sonsaqué a regañadientes referencias de la ubicación de su nueva vivienda, fácil, sobre todo porque no había abandonado el pueblo y allí todos se conocían como una familia. *"Claro... la viuda con tres hijos"*. Beatriz, viuda y con tres hijos, no había pasado tanto tiempo; pero la muerte no entiende de años, ni de tiempo, ni de alegrías, ni de dolor, ni de futuro, ni de vida. Anduve por el pueblo durante diez minutos, pues no se encontraba muy lejos de aquella ubicación, observé el edificio indicado, de ladrillos oscuros y puerta blanca a la que se accedía tras subir once escalones desde una acera estrecha junto a la carretera principal, paradojas de la vida, once escalones como los once días más hermosos que viví con Beatriz. Me enfrenté a ellos, los subí, me situé frente a la puerta y llamé al timbre dos veces; la puerta se abrió, asomó una mujer, me miró a los ojos y volvió a cerrar la puerta, como si hubiese visto una imagen fantasmagórica. Escuché gemidos tras la puerta en una respiración agitada y entrecortada. Escuché sollozar a Beatriz apoyada sobre la madera que ahora formaba una barrera entre los dos, lo único que nos separaba, me quedé de pie, apoyando mi cabeza en el lado opuesto al que ella se encontraba. Fue un segundo de una instantánea y los dos fuimos capaces de reconocernos; era Beatriz y ella, también me reconoció. Pasaron unos minutos y pensé que nunca llegaría a derribarse el gran muro que ahora nos separaba y parecía infranqueable; no me atrevía a hablar aunque realicé dos o tres amagos de mover los labios y fue lo único que me atrevía a susurrar en bajito.

"Bea, Bea, Bea".

No deseaba marcharme sin volver a ver su rostro y la espera de aquellos minutos parecieron horas, años, que se hicieron interminables. Beatriz por fin abrió la puerta, me miró durante un segundo y rápidamente ocultó su rostro sobre mi pecho mientras me abrazaba y continuaba con su ahogado sollozo. No pude hacer más que abrazarla y apoyar mis labios sobre su pelo rubio, corto, liso y perfectamente peinado.

Su vida había sido un continuo cambio sentimental desde que nuestra relación, hacía veinticinco años volviese a encontrarse y tuviese nuevamente que ser interrumpida; en aquel momento, era sumamente imposible abandonar a su marido porque yo hiciese

aparición como un relámpago, incluso pienso que llegué a desestabilizarla por ponerla en la duda entre el amor de su esposo y el mío. Ella tenía claro sus sentimientos hasta que hice aquella aparición, volví, y si yo no hubiese aparecido, hubiese caído en el olvido como una esporádica relación amorosa sin apenas importancia, un desliz en una relación que a lo único que te lleva es a fortalecer más la relación familiar, la más cómoda, la más segura, la más gratificante. Tomamos café durante toda la tarde en aquella cocina ordenada, limpia, impoluta; y la hice reír, volví a escuchar aquella carcajada explosiva que tanto me reconfortaba; y la hice emocionarse, volví a ver aquellos ojos azules humedecidos con su expresión de ternura, más aún al recordar a su marido fallecido. Sí, tras quince años de matrimonio y tras un accidente en el mar, la dejó viuda y con tres hijos, un niño y dos niñas; ahora contaban con veintisiete el niño mayor y veinticinco años las dos niñas, puesto que eran mellizas, pero en aquel momento, tras quedarse sola con unos niños pequeños fue duro continuar viviendo e intentando sacarlos adelante. Un hombre se volvió a cruzar en su vida y la situación de soledad, y tristeza, y económica, y el quererlos ayudar a ella y sus hijos le hizo que volviese a crear una familia; él no dio nunca importancia a poder ayudar a mantener a unos niños que no eran suyos, lo hizo por estar a su lado y siendo de una edad bastante avanzada, no importaba que no tuviese ningún descendiente con ella, su familia serían ellos y ella, los consideraba así por tan solo acogerle y darle lo que él también necesitaba en aquel momento, una mujer aunque más joven que él, le llegase a tomar cariño y tal vez le llegase a amar y buscar lo mismo de aquella prole de niños a pesar de no querer ocupar el lugar de su padre fallecido y tan solo fuese una estabilidad familiar para ellos. Así lo aceptaron todos, y así me lo explicaría Beatriz, y me pareció bastante razonable su postura a tomar; no pude reprocharle nada, no era quién para reprocharle nada, no era quien para juzgar nada.

Beatriz me interrogó sobre mi vida y aunque no llegué a mentirla, no conté toda la verdad y sobre mi propósito de intentar volver a recuperar su amor, ni siquiera hice mención, volver a desestabilizarla le produciría un dolor innecesario e imperdonable. Tan solo comentarla que estaba de viaje y quise volver a saber de ella al paso de los años. Me alojaba en el pueblo de al lado y estaría unos cuantos días recorriendo los lugares que recordaba para comprobar el cambio que habían sufrido, para recordar buenos tiempos. No estaría muchos días. En aquel instante pensé que mis propósitos se habían roto y retornaría pronto a mi ciudad natal sin hacer intención de recuperar a Beatriz, no tenía suficiente valor moral como para querer que empezase una nueva vida a mi lado, no podía romper nuevamente su vida, no se lo merecía y no era quien para volver a ocupar un lugar en su mente y menos aún, en su corazón. Estaba bella, muy hermosa, se había preocupado de mantener su figura y su aspecto bien cuidado y volví a sentir el hormigueo dentro de mi estómago de poder tenerla entre mis brazos y que su cuerpo se entregase al mío. Olvidé por completo intentar conquistarla y tan solo me limité a volver a verla durante dos tardes para recordar y ponernos al día del transcurso de nuestras vidas, contando por supuesto que su pareja a esas horas, no estaría en casa y no

tendríamos que dar ningún tipo de explicación a nuestros encuentros si fuésemos sorprendidos por la vecindad o alguna amistad inesperada.

Fue en la segunda tarde de nuestro encuentro cuando me quedé paralizado por el presentimiento de angustia que sentí cuando tras nuestro segundo café, Beatriz, de su propia nevera me ofreció compartir agua fresca para borrar el amargor del fuerte café que degustábamos. Beatriz posó sobre la mesa un vaso y una botella de cristal, azul claro y con un trocito de papel azul oscuro que parecía resto de su etiqueta, y que me recordó a la misma botella de Nuria, después de mi propiedad y que más tarde desapareció con Noelia, pero era meramente imposible que se posase ahora mismo sobre aquella mesa y que estuviese anteriormente dentro de la nevera de Beatriz; ese sudor frío que recorría todo mi pecho, fue calmado por aquel trago de agua de aquella botella cada vez más conocida, mas familiar; no era posible que fuese la misma botella, seguro que no era la misma, pero una sensación extraña hizo que me estremeciese por la duda que me generó, claro que preguntar por su origen hubiese sido de lo más absurdo. Intenté olvidarlo y no darle más importancia.

Alargué más mi estancia. Llevaba ya cinco días pernoctando por el pueblo de al lado y visitando a Beatriz los tres primeros días; el cuarto y el quinto me dediqué a realizar turismo y del cansancio de tanto conducir, iba directamente al hotel a descansar. Era viernes y aquella noche, al abrir la puerta de la habitación del hotel, una voz en la penumbra me susurró que no encendiese la luz; una voz conocida, familiar, que no me causó temor alguno y me reconfortaba de paz. Por la oscuridad, mis ojos no podían localizar su posición y cuando cerré la puerta, un cuerpo se abrazó junto a mi espalda, unos brazos rodearon mi cintura y sus manos descansaron sobre mi pecho.

"Pensaba que te habías marchado sin despedirte".

Aquella noche Beatriz la pasó en la habitación de mi hotel. Hicimos el amor sin ningún tipo de prisa, nos miramos a los ojos sin ningún tipo de prisa y apenas dijimos palabra alguna, no había prisa. No nos hicieron falta comentarios, ni pretextos, ni excusas, ni rencores, ni favores, tan solo fuimos dos cuerpos que se unieron por puro deseo de un recuerdo, por pura necesidad de un nuevo encuentro. Al amanecer, Beatriz había desaparecido y su perfume y el olor a sexo emanaban de las sábanas como si estuviese aún a mi lado, como si de un sueño se tratase, como si de un cuento inventado se tratase. Las siguientes dos noches volvió a visitar mi habitación con la excusa en casa de "las noches de encuentros y cenas con amigas de toda la vida", lo cual era totalmente creíble al realizarlas muy a menudo y tratarse de fin de semana; cena y baile sólo las mujeres, las noches de ellas y sus recuerdos de juventud, no hacía falta más explicaciones. Para nosotros dos significó volver a reencontrarnos en un mundo el cual no estaba dispuesto a aceptar nuestra relación, el precio a pagar sería muy alto. Nuevamente, como hacía veinticinco años, nos teníamos que esconder como dos chiquillos para realizar travesuras, nuevamente volvimos a sentirnos jóvenes y alocados por pretender descubrir nuestros cuerpos y nuevamente volvimos a desearnos en el

silencio de no poder proclamarlo a los cuatro vientos. Yo estaba decidido a cambiar esta situación y tarde o temprano acabaría proponiéndoselo a Beatriz; comenzar una nueva vida ella y yo juntos, y olvidarnos del resto del mundo, recuperar nuestro tiempo perdido y pensar que los años separados no supusiesen un error en nuestras vidas del cual tuviésemos que arrepentirnos, convertirlo en una espera innecesaria para los dos, encontrar el paraíso y ya nunca más apearnos de él.

El Lunes por la tarde volví a su casa a tomar café y charlamos no haciendo alusión a los encuentros que en las noches anteriores habíamos tenido y tan solo, a conversar sobre nuestras vivencias frívolas pasadas, a pesar de mi mano siempre posada sobre la suya que descansaba sobre la mesa, no me cansaba de acariciarla, del resalte de sus venas, de su piel suave, de sus dedos finos y largos. Sus hijos ya no vivían con ellos en aquella casa; el mayor, al igual que su padre se hizo pescador y de los doce meses del año, seis se los pasaba por el mar en grandes buques pesqueros; y las dos hijas deambulaban por alguna ciudad de España, Beatriz pensaba que una se encontraban por Madrid pero no tenía la certeza y recibía noticias de ella de vez en cuando y sobre la otra, nunca recibía noticias hasta que se presentaba en casa de vez en cuando y sin avisar, era más rebelde, sin nada fijo a que agarrarse y con más eventualidad en sus trabajos y solía retornar por grandes temporadas para estar un tiempo con su madre, descansaba una temporada y volvía a marcharse tal y como había aparecido. Beatriz y yo conversábamos sobre estos temas y nos poníamos al día de los veinticinco años que llevábamos sin vernos. Aquella tarde, mi marcha tuvo que ser de lo más fugaz e inesperada, pues una llamada de una de sus hijas la informaba que en unos minutos haría aparición. Salí de la casa lo más raudo posible, sin darme cuenta que mi mano portaba aquella botella de agua de cristal, azul claro y con aquel trocito de papel azul oscuro indespegable sobre su lomo, y rápidamente me introduje en el coche poniéndome a refugio de cualquier encuentro inesperado. Una joven se acercaba, llamaba a la puerta, era recibida por Beatriz, se abrazaban, se besaban y entraba en la casa. Esa joven era Noelia y un nudo se posó en el interior de mi garganta que apenas me dejaba respirar. Tomé un trago de agua y sobre mi mano me encontré con aquella botella reparando que aquel envase era la misma botella de Nuria, y la misma botella de Noelia, y la misma botella de Beatriz, y por casualidad de la vida volvía a retornar a mi poder, sonaba a pesadilla pero era tan real como que aquellas dos mujeres se conocían. En el hotel, por más vueltas que le daba al asunto, no tenía ni pies ni cabeza y por supuesto que al día siguiente intentaría aclarar aquel entuerto, aunque cada vez veía más claro el parentesco y por qué el pelo rubio y los ojos azules de Noelia me eran tan familiares, tan cercanos, tan conocidos; me recordaban totalmente a los de Beatriz... Era su hija.

Volví a tomar café la tarde siguiente en casa de Beatriz y sin darle la menor importancia le interrogué sobre la joven que causara mi salida de su casa la tarde anterior. Me confirmó que era una de sus hijas, que vino de La Coruña hacia unos días y

tras visitar a unas amigas, volvería a pasar unos días con ella. Durante estos días atrás hizo lo posible para que no coincidiésemos, no deseaba que yo tuviese un encuentro con ella. La verdad que agradecí su discreción puesto que hubiese sido dar explicaciones de que su hija y yo, nos conocíamos y vendrían las preguntas incómodas y tal vez descubrir la verdad, que días anteriores habíamos mantenido relaciones más que amigables.

Aquella casualidad me haría reflexionar nuevamente sobre la relación que deseaba mantener con Beatriz; era el amor de toda mi vida pero ¿cómo podía enfrentarme a esta nueva situación y desear pasar el resto de mis días junta a ella?, cuando con su propia hija había mantenido una relación conmigo de lo más apasionante en mi vida. No podía y no debía darle esta noticia a Beatriz, quien realmente era la importante en este momento y con quien deseaba acabar el resto de mi vida sin ningún tipo de secretos; no me lo perdonaría nunca y tarde o temprano, sé que se saldría a la luz la relación casual con su propia hija, aunque intentásemos mantenerlo en secreto, se descubriría y el impacto emocional sería de lo más dañino que podría sufrir la mujer que deseaba que fuese la más feliz del mundo y sobre a la que no deseaba ningún tipo de dolor, ni daño, ni sufrimiento.

El siguiente sábado sin pedírselo, Beatriz volvió a la habitación del hotel a pasar la noche conmigo. Pedí cena para dos a gusto de ella y nos prepararon una mesa en un apartado rincón del salón, lo más romántico posible para una pareja de enamorados, para una pareja que desean consolidar una vida juntos, para una pareja que no desean separarse más el resto de sus días. Noté feliz a Beatriz, radiante por aquella situación, estaba muy hermosa, se arregló y vistió para la ocasión, se sentía la princesa de la fiesta, de la noche, y seguro que yo jugaba con el puesto de príncipe. Me enternecía mucho la escena, nosotros dos, uno frente al otro, ya sin juventud y nuestra madurez en pleno auge pero con más espíritu de aventura que muchos jóvenes, acariciándonos las manos por encima de la mesa y sobre todo, mirándonos a los ojos fijamente, muy profundamente, muy sinceramente. En la habitación nuestro ritual de amor fue distinto; desnudándonos sin ninguna prisa, acariciándonos muy despacio y recorriendo cada centímetro de nuestra piel como si fuese novedad en dos desconocidos, estremeciéndonos en cada roce de piel y tan solo aquella habitación y aquellas sábanas siendo testigos de nuestros tiernos actos. Aún teniendo toda la felicidad al alcance de mi mano, seguía en mi mente el sentido de culpabilidad y sobre todo la decisión de proponer a Beatriz abandonar todo por pasar el resto de su vida a mi lado. Entrada la madrugada, descansando su cabeza sobre mi pecho, le hice la propuesta y por supuesto que no deseaba la respuesta inmediata; si aceptaba yo esperaría todo el tiempo que necesitase para realizar los preparativos pero necesitaba una respuesta, o por lo menos un atisbo de duda de querer realizarlo y sin más le propuse la misma situación, recordando a Nuria. La botella de cristal, azul claro y con aquel trocito de papel azul oscuro recuerdo de la etiqueta arrancada, la misma de Nuria, la misma mía, la misma de Noelia, la misma de

Beatriz, se encontraba ahora sobre la mesa de entrada de mi habitación del hotel y una nota escrita a mano.

"Cuando despierte, te habrás marchado Bea; si bebes de la botella de agua de cristal, sabré que tengo que esperarte para que vivamos el resto de nuestros días juntos y no importará cuanto tiempo, tengo toda mi vida para ello".

Beatriz se levantó dos veces antes de marcharse al amanecer y entre sueños, pude vislumbrar su figura hermosa de espaldas, completamente desnuda frente a la botella de agua ocultándola con su cuerpo, tal vez leyendo la nota... tal vez saciando su sed... tal vez tomando decisiones... tal vez habiendo decidido. Cuando amaneció y desperté, ella se había marchado como ocurriese las noches anteriores y a lo lejos observé la botella de agua sobre la mesa de entrada a la habitación, el tapón ni se había desenroscado, se encontraba completamente llena y la nota que dejé escrita bajo ella, había desaparecido. Beatriz, las veces que estuvo frente a ella, estaría pensando y decidiendo para ofrecerme una respuesta o ya la tendría decidida de hacia tiempo, y su respuesta fue clara, tal vez quiso beber y vaciar completamente la botella, tal vez quiso beber un pequeño trago dejando una duda, pero ni tan siquiera faltaba una gota de agua del envase, ni dejó una nota con unas cuantas líneas. Nunca supe los motivos. Aquella mañana recogí todo mi equipaje y dejé aquel hotel, aquel pueblo, aquella ciudad, aquella región y volví a Madrid para nunca más volver a pisar aquellas tierras, mi búsqueda había concluido, nuestra historia había terminado, mi historia había finalizado.

*** *** ***

El resto de mis veinticinco años fueron un autentico anonimato deambulando por el mundo; mi ciudad, otras ciudades, otros países, otros continentes y tan solo fui un código postal donde todos los meses me depositaban el dinero necesario para sobrevivir muy holgadamente. Tan solo una persona conocía mi identidad, mi paradero y noticias muy esporádicas de mi vida nómada; una persona que nunca delataría a un viejo amigo de toda la vida.

Frank Sinatra... seguía sonando y mi historia concluía, y mi vida ahora con setenta y cinco años se hacía mas dura y más pesada cada día; todo lo que se hace con veinticinco años y después con cincuenta años, son muy distintas a las que acabas realizando con setenta y cinco años. Se puede mantener un espíritu infantil, una mente juvenil y ganas de seguir viviendo y pensé si Beatriz seguiría con este mismo espíritu, incluso si seguiría aún viviendo y en mi interior, volvieron a revolotear aquellas mariposillas que me hicieron estremecer, que me volvieron a enamorar. Estaba presente.

Una mujer se acercó a mi mesa, se sentó sobre una de las sillas y sin decir palabra alguna, agarró la botella de agua de cristal , azul claro y con aquel trocito de papel azul oscuro que nunca pude despegar del envase, y que ya nunca deseé despegar, y que mantuve durante muchos años a mi lado; y comenzó a beber hasta dejarla

completamente vacía, me quedé sorprendido ante tal descaro cuando la soltó sobre la mesa sin una gota en su interior, a la vez que una nota en un papel de hotel ya amarillento se posaba dulcemente sobre la mesa, una nota muy familiar. Alcé la vista para recriminarla y ante mí, aquella cabellera rubia manchada de canas y esos ojos fijos en mí, tan conocidos, tan familiares, tan míos. Nuria me sonreía, tantos años sin verla y me seguía pareciendo hermosa. Me emocioné, me quedé estupefacto y no atiné a decir palabra alguna.

"Ya veo que aún conservas mi botella de agua. Por fin te hemos encontrado, llevamos un año intentando buscarte y tan solo por una promesa que hicimos a mi madre, Beatriz, antes de su muerte. Mi madre guardó el secreto durante toda su vida, incluso lo ocultó a sus propias hijas, pero no quería irse de este mundo sin que nosotras supiésemos toda la verdad... Ya ves, soy tu hija y vengo con mi hermana melliza y con nuestras hijas. Beatriz quiso que conocieras a todas. Noelia y yo somos, según nos dijo Beatriz y que tu lo entenderías, el fruto de vuestras once noches, de vuestros once días."

Ante mí aparecieron otras tres mujeres, dos tal y como recordaba a Beatriz cuando era joven, y sus ojos tan familiares, tan conocidos, y entre ellas Noelia. Nuria y Noelia eran hermanas e hijas de Beatriz ¿y también mías?, mis ojos buscaron los ojos de Noelia intentando confirmar las palabras de Nuria, pero Noelia me lo confirmaría.

"Sí, soy tu hija y Nuria es mi hermana... y esta muchacha también es tu hija... Se llama Beatriz como su abuela... Volví con mi madre al quedarme embarazada de ti, en La Coruña, cuando te conocí... te busqué días mas tarde... pero desapareciste... nunca supe de ti".

Mi tez se volvió blanquecina y no daba crédito a aquella situación, pero no acaban todas las presentaciones y ¿la otra muchacha anónima?. Nuria se puso a su lado y apretó fuertemente la mano de la muchacha.

"La noche que nos despedimos en el coche pensaba decírtelo pero no tuve valor, no quería atarte a mí por este motivo... me quedé embarazada de ti... esta joven es también tu hija y también se llama Beatriz como su abuela..."

Realmente no era mi vida una historia triste, ni alegre, ni emocionante, ni aventurera, no sabría como definirla, y no tendría que haber sido relatada por mí, era la vida de Beatriz y ella, era quien tenía toda la exclusividad en relatar su propia vida, su propia aventura, su propia historia. Beatriz era el verdadero centro de toda ésta historia, de todo éste relato, de toda esta vida. Yo, realmente me limité a destrozar su vida, y tal vez la de sus hijas Noelia y Nuria, y a pesar de ello, Beatriz me amó, hasta los últimos días su existencia según ellas me declararon. Aquella pequeña botella de cristal, azul claro y con un trocito de papel azul oscuro adosado, resto de la etiqueta que nunca pudo desprenderse y que la distinguía de las demás haciéndola única, ahora vacía, ahora las reunía junto a mí para nunca más separarse de mi lado pero Beatriz ya no estaba. Beatriz ató todos los hilos cuando sus hijas les relataron sus aventuras con un hombre de mayor edad que ellas y aunque ella siempre supo quién era aquel hombre, nunca hizo referencia a mi persona a pesar de todo lo que significué y significaba en la vida de todas ellas y en la

suya propia... Tal vez su verdadero amor, tal vez su único amor, a pesar de todo el abandono, del desprecio, del olvido.

No hubo palabras... ni teclas que pudiese pulsar sobre el ordenador... No acabé el último trago de cerveza. Mi existencia, tras el acontecimiento que sufriría posteriormente se paró de inmediato, mi cabeza golpeó el pequeño portátil y mi cuerpo quedó lánguido e inerte. Hablaron de infarto, de ictus, de soponcio terminal, de emoción extrema...

Ahora no sé desde donde les relato estas últimas líneas y si soy yo realmente quien se las describe. Mi botella quedó vacía para mi, pero tal vez se volviese a llenar para saciar la sed de otras vidas... aquella botella de cristal, azul claro y con aquel trocito de papel azul oscuro que nunca pude despegar del envase y que la hacía única. Y Beatriz está a mi lado... como siempre deseé.©

